

DIPTICO

I

NOCTURNO

Por la soledad inhóspita
de la noche sin promesas,
transita, mudo y absorto,
el que rumia su tristeza;
todo es ausencia en su alma,
gris eterno su existencia.

—Su figura palidece
bañada en baño de cera—

Su andar, cansino y pausado;
más que lo lejos, lo cerca,
es la mezquina ambición
de su incierta ruta yerta.

Mas de repente se para,
clava los pies en la tierra
y mira al Cielo, que envuelve
con sonrisas su presencia:

—En el terciopelo oscuro
brilla un rocío de estrellas;
lenta resbala Diana
su majestad de Princesa;
la noche, misterio eterno,
se arropa en circunferencias—

Un momento el caminante,
pletórico de materia,
intuye el dulce secreto
que Oberón celoso niega:
clava Selena en su alma
la atonía de una endecha
y él rechaza, torpe y feble,
el Amor que se le entrega.

Ya siempre el Odio será
el sendero de su Meta.

II

MEDIODÍA

Cuando solo en el campo
la Eternidad me habla dulcemente
y en mi memoria estampo
suavemente
la extraña imagen de inmortal ambiente,
abro mi corazón,
de plenitud repleto y de belleza,
donando con largueza
el caudal de ilusión
que estaba en mí y a despertar empieza.

Todo lo que Natura
en lentas horas construyó fatal
—el amplio aroma, la melódica aura,
el iris límpido de armonía genial—
con loca cordura
reclama su imperio;
y en fusión perfecta de intercambio fiel
ocupa en mi pecho el vasto misterio
do está la balanza entre Dios y Luzbel.

El Sol ha subido
rodando despacio al centro del Cielo;
recoge los ecos de un tenue latido
y sigue su vuelo,
que el Hombre en Amor se queda encendido.

MIGUEL BORRACHERO

